

iban á bañarse á La Breche .. Un día, sacudiendo un pantalon, cayó de uno de sus bolsillos una moneda de cinco francos... ¡Yo no había visto jamás tanto dinero junto; la moneda me quemaba los dedos!... Perdí la cabeza y eché á correr con ella en la mano. Os digo la verdad; apenas la hube metido en el bolsillo, cuando quise volver atrás para colocarla de nuevo en el pantalon... ¡Desgraciadamente había sido visto, me echaron mano y me llevaron preso, y después ante el tribunal, el cual me condenó á permanecer *enjaulado* hasta que tenga veintiun años... Esto se llama no tener suerte, ¿no es verdad, señor?

Contaba esto con voz ya ronca y con mezcla de indiferencia y de desvergüenza.

Ivert le preguntó, que como se encontraba con el tan decantado régimen del director. Entonces el lábio inferior del muchacho se contrajo, su cara adquirió un sombrío tinte y haciendo una significativa mueca:

—Desgraciadamente—contestó—no es nada divertido... Nos han hecho venir desde Cl... á pie y con una mala sopa en el estómago; desde que hemos llegado, trabajamos en terraplenar cerca del bosque, en lo que va á ser el cementerio de la prisión, sin descansar un momento. ¡Diez horas de remover tierras en pleno sol! Y como si esto no fuera bastante, estamos mal alimentados: no nos dan más alimento que habichuelas á todas las comidas, y patatas á guisa

de postre. ¡Los celadores golpean como sordos! ¡Ah, señor, cuanto me acuerdo de aquel tiempo en que yo ganduleaba por las orillas del río de nuestro pueblo, viendo cómo se lanzaban á la corriente las arañas de agua!... ¡También yo quisiera lanzarme á la corriente como ellas; pero el director no quiere comprender lo mucho que se aburre uno en su *caja!*... «Frescos como rosas y alegres como pinzones»... Quiere que cantemos para hacer creer á las gentes que somos muy felices. ¡Qué farsa! ¡Y pensar que aun tengo para cinco años!... ¡Pero quereis creer que á pesar de todo esto, no siento deseos de morirme?

Su mirada se animaba y sus párpados se entrecebraban con aire misterioso. Concluyó su relación diciendo á su paisano algunos sueldos para tabaco.

Ivert le dió un franco, acompañando su regalo de un buen consejo. Gordal introdujo la moneda entre el forro de la gorra, escuchó el sermón con sonrisa irónica, y so pretexto de que iba á sonar la hora de entrar en el taller, se despidió con una reverencia del guarda general.

II.

El nuevo cementerio de mujeres debía ocupar un terreno baldío inmediato á los bosques de Montgeraud. Desde el lugar en que los detenidos trabajaban

en los cimientos de la prisión se dominaba el valle del Aube. Se veía desde allí, como en el fondo de un valle, la pequeña iglesia y las dos calles de aldea enclavadas en montuosos bosques. Los tejados de pizarra de la antigua Abadía brillaban entre una gran alameda de pinos; el tortuoso y plateado Aube corría entre floridos prados en dirección de Boy, en donde un nuevo horizonte de colinas y bosques detenía la mirada. Las alondras gorjeaban en las alturas, adonde llegaba de seguro el ruido de las esclusas, el cántico de los gallos y las voces de los niños de la aldea. Era un alegre espectáculo el de aquel valle, bañado por el sol de las mañanas del estío. Pero los pobres muchachos que trabajaban en el desierto erial, gozaban poco de él.

Bajo el ojo avizor del jefe de los celadores, Seurrot, movían la tierra y no tenían tiempo para tales contemplaciones. Los mayores manejaban el azadón y los pequeños se unían, de dos en dos, para empujar los carretones. Con las espaldas cubiertas por gruesa tela y las cabezas por sombrero de paja, en continuo movimiento, parecían sobre el pardusco y pedregoso suelo, un hormiguero de blancas hormigas. Cuando se relevaban para enjugarse la frente, el lumíneo aspecto del verdoso valle, lejos de producir en ellos la calma y la alegría, despertaba en sus pechos juveniles sorda irritación. Aquella invitación á la alegría, que flotaba en el aire, tenía para ellos algo de

irónico y de cruel. El libre vuelo de las alondras, las rápidas excursiones de las golondrinas, tocando al agua con sus alas, les hacía pensar con más amargura en su forzado trabajo, en los golpes de los celadores y en los cerrojos de la prisión y les inspiraba deseos de rebelarse y de hacer novillos.

Entre los menos disciplinados y más impacientes, se encontraba nuestro amigo *Gordal*.

La víspera, al salir de la casa del guarda general, se había apresurado á emplear una parte de su dinero en comprar un paquete de cigarros y una caja de cerillas. Sus nuevas adquisiciones estaban ocultas en los bolsillos de su pantalon y desde por la mañana las tocaba, de cuando en cuando, con paternal solicitud prometiéndose *quemar* un cigarro tan luego como Seurrot volviera la espalda.

La tarea del día se interrumpía por un descanso de media hora, y, en el descanso, el guardián abandonaba un poco su meticulosa vigilancia. Seurrot era tierno de corazón, y los chispeantes ojos de la dueña del *Leon de Oro*, le arrastraban invenciblemente hacia el jardín de la posada, situada en la parte baja de los talleres. Gordal acechaba este momento. Tan luego como el jefe de los celadores tomó el camino del jardín, el número veinticuatro se deslizó como una culebra entre los enebros de talud, ganó el soto y eligiendo entre los árboles un roble, se lanzó á él, trepando por su tronco como una ardilla.

A horcajadas en la horquilla de altas ramas y oculto en lo más espeso del follaje, sacó sus cigarros, encendió uno y saboreó lentamente las delicias del fruto prohibido. Se estaba bien allá arriba entre el verde ramaje y su frescura. Se percibían, por entre las ramas los tejados de la aldea y el reflejo del Aube en la pradera, y, más lejos, sobre las dos vertientes del valle, anchos campos de avena y de centeno, plagados de pipirigallos y rosado trébol, formando abigarrado conjunto, se agitaban al soplo de la brisa. Los mirlos silbaban en los bosques, las curruacas en los sauces del río y un viento fresco le mecía como si estuviera en una hamaca. Se estaba tan bien allí, que Gordal se olvidó de todo. Cuando Seurrot volvió, llevando entre los dientes una rosa y pasó revista á su pequeña trepa, echó de ver en seguida que uno de los detenidos faltaba á la lista.

—¿Dónde está el número veinticuatro?—exclamó.

Los muchachos cambiaron entre sí una mirada burlona y su contestación fué el encogerse de hombros.

El jefe de los celadores creyó en un principio que se habría evadido, y se puso pálido. Sus inquietas miradas registraron el espesor de los bosques; de pronto distinguió en la copa de un árbol, ligeras aspirales de un humo azulado. Aquello no era natural y el delincuente debía estar allí guarecido. Seurrot saltó sobre el talud y en un abrir y cerrar de

ojos, estuvo al pie del roble; no le costó gran trabajo descubrir las colgantes piernas de Gordal.

—¡Ah! infame,—exclamó— ¿estás dándote tono y fumando, á pesar de prohibirlo el reglamento? ¿Vas á bajar, vergante?

Gordal había sido cogido infraganti, pero tenía ventaja sobre Seurrot por la posición en que se encontraba, y pensaba abusar de ella.

—Con mucho gusto—respondió— pero antes me prometeréis no castigarme.

—¿Me impones condiciones?—gritó Seurrot.—¡Baja voluntariamente, ó lo harás á la fuerza!

—Entonces me quedo,—respondió el testarudo muchacho.

El árbol era muy delgado y muy alto de copa y Seurrot no poseía condición alguna de trepador: entonces movió violentamente el árbol, pero Gordal permaneció impassible.

—¡Ah! te resistes á la autoridad, bandido! ¡Hola, muchachos, traedme un hacha! ¡vivo! A esta orden, lanzada con voz de trueno, dos de los detenidos se apresuraron á obedecer. Seurrot cogió lleno de rabia el hacha que le presentaban y sin que le preocupara la comisión *de un delito forestal*, atacó al árbol por el pié. A los primeros golpes el árbol se movió de alto abajo: pero Gordal continuó impassible. Los hachazos se sucedían, la corteza y la madera del roble saltaban en pedazos y el sudor corría por la

frente del celador. Los dos detenidos, á quienes este espectáculo divertía prodigiosamente, seguían con interés el progreso del corte. Se oyó un crugido brusco y entónces Gordal, reflexionando que de dos males es prudente evitar el peor, se deslizó por entre las ramas y cayó como un fardo al suelo, felizmente cubierto por blando musgo.

—¡Granujal yo te enseñaré á mofarte de mí— exclamó Seurrot cogiéndole por el brazo — Seurrot había sido polizonte y sus dedos oprimían como tenazas el brazo del muchacho, mientras que con la otra mano le golpeaba en los riñones, al propio tiempo que le empujaba hacia el taller.

—¡Ah! fumas á escondidas!—continuó el celador, acompañando cada palabra de un fuerte golpe; registró los bolsillos del detenido, le sacó los cigarros y los arrojó entre los escombros —¿Dónde has robado el dinoro para comprar esto?

—¡Me lo han dado!—contestó Gordal.

—¡Silencio!... ¡A coger la azada, semilla de presidiario!... Mañana aclararemos este asunto cuando venga el director... El te enviará á que te pudras en un calabozo... ¡Entretanto cenarás esta noche pan seco!

Gordal pasó muy triste aquella tarde. Cuando á eso de las nueve de la noche pudo acostarse con el estómago vacío y el cuerpo dolorido por los golpes, principió á reflexionar con amargura acerca de las mise-

rias de aquel día y de lo que ocurriría al día siguiente. No habían acabado allí las cosas. El director debía llegar muy de mañana y era aún más cruel que los celadores.

Gordal conocía por experiencia la manera con que este terrible jefe castigaba las menores infracciones de la disciplina.

—¡No—pensaba revolviéndose en su hamaca,—es bastante lo que he sufrido, no esperaré su llegada!

Ideas de evasión bullían de nuevo en su cabeza. El dormitorio, improvisado para los detenidos estaba mal cerrado y los celadores tenían el sueño pesado; á eso de la media noche podría acaso escapar, y escalando la muralla ganar los bosques.

En todo caso, debía intentar esta aventura. Llegada la noche, oyó á uno de los celadores hacer su ronda, desnudarse después y arrojarse pesadamente en su camastro. Muy pronto sus ronquidos resonaron en el dormitorio.

Agil como un gato, Gordal saltó de la hamaca, cogió el pantalón y la chaqueta y colgó de su cuello los zapatos, atados el uno al otro con un bramante; después, descalzo, conteniendo la respiración, se deslizó hacia una ventana, que habían dejado abierta para ventilar la sala, que estaba situada en el primer piso. Una vez llegado á la ventana, sacó la cabeza hacia afuera para enterarse del peligro que pudiera correr. Debajo, en la semi-oscuridad de la noche,

distinguió tan solo campos de legumbres. El terreno, recién regado, debía estar blando, Gordal se descolgó de la ventana y fué á caer sobre un monton de coles, que amortiguó la caída. Se levantó palpándose y escuchó —ni un ruido, más que el claro murmullo del Aube deslizándose á través del jardín.—Siguió á lo largo del rio hasta la salida del parque; después, lanzándose con decisión al agua, que no le llegaba más que hasta las rodillas, siguió la corriente y salió con ella á campo raso.

III.

En aquel tiempo, el correo que llevaba la correspondencia á Chatillon sur-Seine, salía de Auberive á las tres de la mañana. En el momento en que el pesado vehículo, tirado por dos caballos, daba vuelta á la antigua fragua para entrar en el camino que conduce á Recey-sur-Ource, un muchacho, que llevaba los zapatos al hombro, subió á la carrera hasta la baca del coche y agarrándose á las cuerda que sujetaban los equipajes, se sentó en la parte trasera con las piernas colgando. El ruido de las ruedas y el trote de los caballos, impidieron al conductor, que iba medio dormido, darse cuenta de la irrupción del incógnito viajero. El vehículo continuó rodando entre una nube de polvo, hasta la cima de la pendiente; atravesó con rapidez la aldea de Germaine, silenciosa y

dormida aún, subiendo luego con lentitud por la pendiente de los bosques de Colmiers.

Eran ya las cuatro y el sol empezaba á asomar tras de los bosques de Auberive, entre un semillero de ligeras y rosadas nubes. Los primeros rayos, rompiendo la oscuridad de los bosques, salpicaban, —acá un espeso tapiz de hiedra, allá un macizo de clematidas, mientras que en la parte baja del camino proyectaban azulada sombra entre dos taludes cubiertos de húmedos espinos é hipericones en flor.

Los pájaros sacudían sus alas jorgeando en la espesura y cántico de un gallo resonaba como un punto de corneta en lejano caserío.

Habían llegado á la cima de la meseta. Gordal (ya se habrá adivinado que era él), que continuaba agarrado á las cuerdas de la baca, pensó que era muy aventurado arriesgarse en el llano, cuando los vecinos bosques le ofrecían un asilo seguro, al par que fresco.

En un sitio en que las ruedas rozaban al talud, se dejó caer sobre la húmeda hierba, abandonando sin ser visto, como lo había hecho al subir, el coche, que entrando entonces en el camino llano, desapareció bien pronto entre el polvo. Después de haber seguido con la vista por largo espacio aquella aureola de polvo, que aumentaba y disminuía á la rojiza luz del sol saliente, Gordal, retirándose del camino, se puso los zapatos y se aventuró en el bosque.

Ebrio por la reconquista de su libertad, saboreaba